

Detrás de las casas blancas, se alza la severa Iglesia de piedras grises. Las barcas que descansan sobre la playa parecen fichas de colores, rojos, azules, blancos y verdes que un niño hubiese dejado caer de su caja de pinturas.

Entre la línea azul del mar y la blanca de las casas, largas redes tendidas al sol semejan tapices negros. Los islotes que emergen del azul del mar, parecen angalanados como en días de fiesta.

Tan alegre, solemne y hermoso aparece todo, quizás porque nosotros lo miramos con ojos domingueros, después de una semana de trabajo.

Por las noches cenamos en el jardín, bajo las frondas de un cenador. El novel ingeniero Bofill, mi ayudante, come con nosotros.

De pronto aparece en el umbral de la puerta el tío Jaime, el juez del pueblo, apoyado en su largo bastón. Nos pide noticias sobre nuestros trabajos, que a su juicio han de aportar el bienestar a «su pueblo», y han de dar mayor importancia, si cabe, a su persona.

Joaquina, limpiándose las manos, se sienta en un rincón, para escuchar nuestra charla.

El joven Bofill tiene la palabra, y pondera las enormes dificultades que hemos de vencer para trazar la línea a través de la Costa Brava.

—«Es un trabajo duro...» «Es un trabajo que rinde...» Es su exclamación de siempre.

Yo me divierto mucho, y me sonrío imperceptiblemente al escucharle.

Quizás hago mal, porque, en efecto, es un trabajo duro...; pero en él me encuentro como se encontraría en una piscina quien hubiese atravesado a nado el Canal de la Mancha.

Tan fácil me parece todo ahora, después de los años pasados en la construcción de la línea férrea de Bagdad».

\* \* \*

En la edición de ANCORA correspondiente al día 19 de Junio pasado se publicó un interesante artículo, al pie del cual figuraban las iniciales E. D. S. bien conocidas ya por todos los lectores. Su título era «Criterio de un neutral apasionado.» Copiaremos ahora los párrafos siguientes:

*«Nuestro paseo del Mar, pues, y su magnífico y florido complemento,—el del Generalísimo— representan para nosotros algo más que una belleza indiscutible. Son un legado de buen gusto, de tono señorío propio de cuando las cosas de este mundo se hacen con sentido de la perspectiva y en conciencia de la más pura ciudadanía.»*

*«Imaginemos, por un momento, que el ferrocarril que malogra hasta Blanes la belleza del litoral, se hubiera prendado — como a punto estuvo — de nuestra Costa, echando por la borda hasta la última posibilidad de ser lo que hoy somos».*

*«Por lo que fuera — que poco importa aquí la anécdota — la Costa Brava se salvó, y con ella, nuestros Paseos.»*

\* \* \*

Que la integridad y la incomparable belleza de la Costa Brava estuvieron en serio peligro es cosa evidente. En cuanto a lo que hubiera podido suceder a nuestros Paseos, no estamos ya tan seguros de ello.

Del ingeniero J. M.<sup>o</sup> Masferrer, nos consta que además de un gran matemático y un técnico insuperable, era también un verdadero artista, y casi un romántico. Y por uno de sus ayudantes topográficos con quien tuvimos ocasión de departir un rato largo sobre tal asunto en aquella época, supimos que lo mismo en Tossa que en San Feliu las estaciones del ferrocarril no se hubieran situado en los paseos, ni junto a la playa.

En nuestra ciudad, parece que el sitio escogido eran los terrenos de la parte más alta de la Carretera de Gerona, al terminarse la zona edificada,

Así y todo, esto no son más que conjeturas, y nada puede afirmarse sin haber visto el proyecto definitivo de la ferrovía, que ignoramos por qué motivos no se realizó, y donde están los planos del Sr. Masferrer. Y es muy natural que al meditar hoy sobre posibilidades de tal trascendencia, que tan radicalmente podían haber alterado la estructura del paisaje y también el aspecto y características de la ciudad, puedan ser las opiniones diversas, y aún contradictorias.

Dirán unos que Francia, en su famosa «Casta Azul» no desdeñó el ferrocarril, ni Italia en su «Riviera». Observarán otros, que nuestra Costa Brava es algo muy distinto, y que nada ganaríamos con que no lo fuera ..

En resumen diremos que todo ha de estribar, si acaso se discutiere el asunto, en ver si el Tribunal Supremo de la Opinión Pública, aprueba o rechaza el fallo del tío Jaime, el Juez de Tossa, quien en 20 de Junio del año 1912 dictó; poco más o menos así, su sentencia: *Tales trabajos han de aportar el bienestar a este pueblo, y nos han de dar todavía mayor importancia»*

Juan Bordás